

TÚ A LONDRES Y YO A AMSTERDAM

No era un día cualquiera. El madrugón había sido de órdago y las ojeras me llegaban hasta los pies mientras me arrastraba por la habitación intentando llenar una maleta que a todas luces se quedaba pequeña. Mi madre se afanaba planchándome mi blusa preferida que yo me había empeñado en llevar a pesar de que el mal tiempo en Amsterdam no prometía mucho.

Me di la vuelta para sacar con algo de desgana una bufanda de un cajón y vi a mi madre que me miraba desde el quicio de la puerta, y algo seria dijo “Dios le da pañuelo al que no tiene narices.” La miré confusa y ella continuó con un “siéntate”.

Olvidada la blusa recién planchada sobre una silla, mi madre se sentó a mi lado y me dijo que me iba a contar algo que nunca había compartido conmigo. Su viaje de Erasmus.

Mi sorpresa fue tal que me quedé sin palabras y solo pude articular un vago y casi, o del todo, insultante “¿tú?” Ella hizo obvió mi comentario y comenzó su relato.

“Fue hace tantos años que los recuerdos a veces parecen sueños, pero, como ya sabes, yo estudié Biología. Lo que nunca te he contado es que viví como estudiante de Erasmus durante 9 meses en Londres. Eran otros tiempos y tuve que luchar contra los prejuicios de tus abuelos, pero me salí con la mía. Tenía 20 años, una maleta medio vacía, mucha ilusión y ganas de ver mundo.

¡Espera, espera! ¿Cómo es que no me lo habías dicho antes? ¡Te podría haber hecho tantas preguntas! - Le reproché.

“¡Vaya, vaya! ¡Mi hija riñéndome! Nunca te lo había dicho porque desde que decidí ser madre, me dediqué por completo a ti y a tus hermanos y nunca le di importancia. Pero sí

que la tuvo. Y mucha. Toda experiencia te enriquece, y ni mi vida ni la vuestra habría sido la misma sin esos meses inmersa en una cultura tan diferente y a la vez tan parecida a la mía, lejos de la seguridad de tus padres, ya sabes, eres más tú cuando no tienes quien te diga qué hacer, pero también necesitas sentir que hay alguien cerca, aunque solo sea por si acaso.

Esos meses en Londres como estudiante de Erasmus significaron un punto de inflexión en mi vida. Me hicieron más fuerte y me di cuenta de que hay otras formas de vivir y de pensar que pueden ser tan buenas como las tuyas. Entonces, como quitándole importancia dijo “Pero me estoy poniendo demasiado trascendente. Quizá no fue para tanto después de todo.”

La sorpresa fue tal que, boquiabierta y ojiplática, me agarré a la cabecera de mi cama, y la acribillé a preguntas. “Pero dame detalles ¿cómo fueron los primeros días? ¿Hiciste amigos pronto? ¿Había muchos españoles? ¿Cómo eran los chicos? No sé ¡cuéntame algo!

Ella me miró a los ojos y, sin perder la sonrisa, me dijo “No te voy a mentir. Cuando llegué allí tenía mucho miedo. Miedo a la soledad, miedo a lo desconocido y mucho, mucho miedo a no ser capaz de arreglármelas sola. Los primeros días fueron los peores y llegué a pensar que tus abuelos, ya conoces como es de terco el abuelo Pepe, tenían razón y debía haberme quedado en casa. Pero ¿sabes qué? Mis amigos de toda la vida me apoyaban desde la distancia y mis padres me llamaban y enviaban algo de jamoncito de vez en cuando ¡Y cómo sabía aquel jamón!

Ya me conoces, yo hago amigos con facilidad. Pero no es lo mismo cuando solo medio hablas el idioma local. De todas formas, pronto hice amistad con unas chicas de Madrid con las que compartía piso y aventuras y unos chicos de Huelva que iban siempre locos

por comerse unos boquerones de su tierra y que no pararon hasta que encontraron un restaurante español. Lo malo fue que el dueño era un alemán cuyo conocimiento de la cocina española se basaba en los dos veranos que había pasado en Ibiza, así que los boquerones se parecían más a unas sardinas en lata algo pajizas. Pero eso nos unió mucho ¡Ni te imaginas lo que se echa de menos la comida española cuando estás fuera! También hubo gente de otros países que conoces en la universidad o en otros lugares.

“Mamá” - le dije poniéndome seria por primera vez – “¿Tú también me vas a mandar paquetitos de vez en cuando como hacían los abuelos, no?” “Sí hija, claro que sí. ¡Pero los boquerones te los compras tú!” -Me contestó a la que me lanzaba un cojín.

De este modo mi madre consiguió que me animara un poco y seguimos con el equipaje hasta que llegó la hora de la cena.

Mi madre era una mujer dicharachera y la cena era su momento preferido para ponerse al día con su familia. Nos preguntaba sobre nuestras cosas y cómo nos había ido en clase.... Sin embargo, aquella noche, su semblante era extraño, ella estaba físicamente allí, pero no su mente, que viajaba en el tiempo hasta 1989 y recordaba a esa jovencita de Murcia que soñaba con conocer mundo. De pronto dijo “Hija, ven conmigo que te voy a enseñar algo”. Me llevó a su alcoba y de debajo de unas toallas que nunca usábamos extrajo un diario que estaba claro que no había visto el sol hacía mucho. Era de tamaño cuartilla y la portada era una gran bandera británica y en la parte de abajo, había una ajada pegatina de George Michael. Me lo dio algo ceremoniosamente, como el que entrega un tesoro. No me parecía para tanto, la verdad, pero no quería herirla y tomé aquel diario con la misma seriedad. Ella me dijo que lo compró en el aeropuerto poco antes de partir hacia Londres y que solía hacer anotaciones todas las noches. “Seguro que te ayudará”.

Allí estaba yo, sola en mi habitación, ya en cama y sentada con el diario de mi madre entre las manos ¡de mi madre! ¿Es una buena idea? No estaba segura, pero, aun así, sin darme cuenta, me había situado en la primera página. La frase con la que empezaba el relato era corta, pero muy sugerente. Estaba en inglés y decía “Here we go!”

“Londres. Jueves 21 de septiembre 1989.

Hola, diario. Ha sido un día agotador. La despedida en el aeropuerto fue de lo más rara. Mi madre lloraba y reía al mismo tiempo mientras mi padre se hacía el duro bromeando sobre las crestas de colores que lucían algunos de los pasajeros punkis que ya hacían cola para pasar a la zona del duty-free. Yo estaba algo nerviosa, y es que ha sido mi primera vez en un avión (si quitamos los de las atracciones de la feria, claro. Sí, mejor los quitamos).

Tengo que recordar decirle a mis padres que volar no es para tanto. Pero lo que no les voy a mencionar es que mi asiento estaba al lado de uno de los chicos punkis que tanta gracia le habían hecho a mi padre y que, por eso de entablar conversación para empezar a calentar motores con mi inglés, y porque parecía guapo debajo del maquillaje, me presenté y comenzamos a hablar de esto y de aquello. Dijo que se llamaba Bart. Resultó que era holandés y había pasado unos días de vacaciones en España. Y, además ¿sabes qué? descubrí que, debajo de la cresta, había un chico inteligente que adoraba a su perro Termy (de Terminator), que resultó ser un lindo chihuahua color canela. Lo hemos pasado genial durante el vuelo y hemos quedado para salir algún día una vez yo me instale en mi piso.

Lo que me lleva al punto dos del día: el piso. El barrio me gusta, pero el apartamento es pequeño y tristón. Apenas hay muebles y tenemos moqueta hasta en el baño ¡madre mía! ¡Me da asco quedarme descalza en el baño! ¿cómo me las voy a apañar? Tengo

que encontrar alguna solución a esto. Lo más curioso es que mis compañeras españolas de piso, que llevan aquí un año, ya se han acostumbrado. Tengo miedo de que los aliens me absorban la sesera y acabe “asimilada” como ellas. Aunque, ahora que lo pienso ¡aquí la alien soy yo!

Ya he nombrado a mis compis de piso. Son María José y Loli, de Madrid, y otras dos chicas de Japón que, según parece, llegaron hace una semana para hacer un máster ¡Y pensar que el único japonés que conocía hasta ahora era Mazinger Z!

Todo es tan distinto y agotador para mí que estoy deseando irme a la cama, pero a la vez, mi queridísimo y flamantemente nuevo diario... estoy deseando que llegue mañana.”

Tras leer esto, y muerta de sueño, yo misma decidí que lo mejor era dar por terminada la jornada y seguir al día siguiente con la lectura.

Eran las 4 de la tarde, mi móvil estaba muy aburrido porque a esas horas hasta los whatsapps se toman una siesta y tenía muy avanzada mi maleta. Así que cogí el diario de mi madre y lo abrí al azar.

“Londres. Sábado 12 de diciembre de 1989

A las 8 de la mañana me he despertado sobresaltada. Los pesados de Pepe, Fonsi y Manu han llegado tempranísimo y nos han levantado de la cama porque les apetecía ir a comer churros a un sitio español que descubrieron hace unos días ¿a comer churros en Londres? ¿Es que estos idiotas no tuvieron bastante con los “boquerones” de hace tres sábados? Pero, como son “nuestros idiotas” al final nos hemos vestido y les hemos acompañado a comer churros, o lo que aquí llaman churros. Nada que ver con los de España, por supuesto. Menos mal que les hemos convencido de que era mejor comer

algo que en Inglaterra hacen muy bien; los muffins. Resulta que son magdalenas, pero más densas y les ponen pasas, frutas del bosque y/o virutas de chocolate. Me gustan tanto que he conseguido la receta de una chica de Bristol que está en mi clase para hacerlas en casa y así sorprender a mi madre. Va a alucinar con mis nuevas, pero necesarias, habilidades en la cocina.

Bart ha sido puntual, como siempre. Hemos ido a comer al centro, a Covent Garden para ser más exactos, y hemos tomado algo en un pub. No me terminé de acostumbrar a esto de comer a las 12:30. Después hemos paseado por Broomsbury y Russel Square resulta muy romántico a la caída de la tarde. Entonces Bart me ha preguntado si había ido ya al British Museum. No ha hecho falta que contestara, mi expresión ya se lo había dicho. No es que no me interese la historia y esas cosas... es que no me interesa, punto. O no me interesaba, más bien. Pero aquel lugar simplemente me ha fascinado. Me da un poco de vergüenza admitir, incluso a mí misma, que en España no he visitado muchos museos de arqueología, pero es que a mí siempre me han interesado más los seres vivos, y donde otros veían huellas del pasado, yo solo alcanzaba a vislumbrar unas piedras con cierta forma intencionada. Bart estudia historia del arte y es mucho más conocedor que yo de los distintos periodos históricos. Me ha enseñado que el British es algo así como un compendio de historia universal. Ver en un mismo edificio murallas babilónicas, el legado egipcio o relieves de la Grecia Clásica, me ha hecho pensar que, después de todo, no somos tan diferentes entre nosotros y que los hombres de hoy tenemos mucho en común con los de hace tres, o más, milenios. En cierto modo, ahora veo las cosas de forma diferente porque esta visita, que para muchos no deja de ser algo sin importancia, me ha hecho ver que todo lo que hacemos hoy tendrá consecuencias mañana. Se lo tengo que decir a Laura, ¡anda que no me he metido con ella por eso de estudiar Geografía e Historia! Me estoy planteando enfocar mi carrera

*hacia la paleontología. Los seres vivos del pasado y su evolución hasta los de hoy
¡Fascinante! Le diré a Bart que me acompañe al Museo de Historia Natural*

Tengo que darle caña al trabajo sobre las angiospermas, pero eso ya será otro día. “

Mi vuelo era a las 8:20 de la mañana siguiente y no tuve más remedio que centrarme en acabar el equipaje por lo que decidí echar el diario a mi mochila y terminar de leerlo en el avión.

Ya estaba a punto de apagar la luz de la mesilla cuando mi madre dio un leve *toc toc* y entró. Se sentó a los pies de mi cama, como solía hacer cuando yo era pequeña, y me confesó que estaba emocionada por las cosas que yo estaba a punto de vivir. Su propia experiencia le había servido para cambiar el curso de sus estudios, para conocer gente que marcaría su vida para siempre y para sentirse más integrada en Europa. También me dijo que, cuando yo nací, se prometió que me educaría para vivir en el mundo. Que por eso habíamos viajado por España y Europa siempre que el presupuesto familiar lo permitía. Por ese motivo quiso que el inglés se convirtiera en nuestra segunda lengua... Y a la que se iba exclamó” ¡Vosotros sois como sois en buena parte gracias a mi experiencia Erasmus!” “Por cierto,”- me dijo volviéndose desde la puerta – “ahora ya sabes cómo conocí al tío Bartel.” Y cerró la puerta tras de sí.

¡El tío Bartel fue su primer amor! Durante unos segundos no pude reaccionar. No había relacionado ese joven punky llamado Bart, con el respetable tío Bartel ¡Eso no se hace mamá! ¡Ahora no voy a poder dormir! - pensé.

Sin más, saqué el diario de la mochila, me acomodé en la cama y seguí leyendo.

Escrito por: F. Lilolá

